

Quince años

Padre Pedro José Ynaraja

Lo que comentaré no es costumbre y problema universal. Adelanto el tema: se trata de la fiesta de Primera comunión de los niños llegados a la edad del uso de razón.

Conviene advertir que esta práctica es propia de la Iglesia Católica Latina. Las Iglesias Orientales (las Ortodoxas y también las unidas a Roma) poco después del nacimiento, administran juntos el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. Mientras van creciendo, durante su época infantil, según me cuentan, reciben la Comunión alguna vez al año. Este proceder, teológicamente correcto, responde a la convicción cristiana de que la presencia de Jesús-Eucaristía, va modelando el alma en etapas en las que no se experimentan grandes tentaciones o peligros, preparándola para la vida cristiana adulta. Tal proceder puede parecer a algunos que no es oportuno, pero advierto que la práctica de retrasar la Confirmación y posponerla a la primera comunión, no se justifica teológicamente y sé que algunos pastoralistas y liturgistas, ante las pocas ventajas que procura la práctica habitual entre nosotros, plantean que nuestra costumbre debe enmendarse. (Cambios de estos no deben extrañar, durante siglos, se empezaba a comulgar hacia los 14 o 15 años y la Fe de la Iglesia y su progreso, permanecía).

Ahora bien, lo que preocupa es que, generalmente, en la práctica pastoral, actualmente, no se pone suficientemente empeño en la preparación espiritual para tal momento, de tal manera que como el ambiente inclina a que hay que hacer regalos, organizar fiestas, estrenar costosos trajes o vestidos y hasta a cambiarle a la niña su habitación, el contenido espiritual llega a ignorarse. El comercio y las agencias se encargan de que no se olviden estas costumbres y cada vez crezca con mayor gasto pecuniario. Estos detalles, vuelvo a repetir, ahogan el contenido, el crecimiento espiritual, que el sacramento de la Eucaristía debe enriquecer interiormente.

Lamento que en mi entorno contemple estas costumbres como la cosa más natural. Algunos no bautizaron a sus hijos al nacer y, en llegando la hora, para no entristecerlos, ya que ven como sus compañeros de clase o juegos hacen la primera comunión, celebrando fiestas y recibiendo regalos, no tienen inconveniente en que los suyos pasen por estos ritos, si así van a estar más contentos. U organizan primeras comuniones laicas (sic), con los correspondientes recorridos por los domicilios familiares que

obsequiarán. Fiestas también a las que podrán invitar a compañeros y sacarse las fotografías correspondientes.

Téngase en cuenta también que a nadie que se acerque a comulgar se le pide certificado de que ya haya hecho la primera comunión y en algunos casos el chiquillo fervoroso ha ido a comulgar por propia iniciativa y después los padres han venido lamentándose de que ha comulgado sin haber hecho la primera comunión. Siempre me he limitado a preguntar si el jovencito sabía sencillamente lo que era la Eucaristía y, como en los casos en que me he visto envuelto me han dicho que sí, les he contestado: lo siento por ustedes, ya que no podrán organizar el correspondiente show.

Otros no se preocupan demasiado. Están acostumbrados a complacer a sus hijos. Sea lo que sea el sacramento, no les hará ningún daño y se lucirán entre los conocidos si acuden a la fiesta. Van a la catequesis y ellos mismos, los padres, se reúnen para organizar la celebración en la parroquia o en el colegio, si este es religioso y lo propone, casi como si fuera un acto académico.

Lamentablemente, la primera comunión, generalmente, resulta ser la última. Y por donde yo resido es la triste realidad más común. Lo compruebo con frecuencia, hablando con gente joven que se siente muy alejados e indiferentes respecto a la Iglesia.

Había oído hablar de la fiesta de los quince años. Cuando alguna chica me había hecho referencia a ella, no me había detenido a pedirle explicaciones. El otro día, viendo un programa televisivo, me enteré bastante bien de en qué consistía. Observé también que quienes en esta tierra donde habito, la celebraban, eran gentes venidas de otro continente. Continente joven, que nos llena de esperanza.

Me fijé bien y me enteré, dentro de lo que permitía su corta duración. Fiesta juvenil, parecía que solo para chicas, que celebraba el paso de la segunda infancia a la primera juventud, con motivo de haber llegado a los quince años. Fiesta no encajonada en ritos, pero bien definida en sus contenidos y significado. Advertían que algunos aspectos o detalles, correspondían a celebraciones de familias o chicas adolescentes creyentes, es decir, conscientes de su Fe cristiana. Así lo decían. Acudían, en este caso, a misa, recibían una especial bendición y deseos y parabienes para de su futuro, por parte del sacerdote oficiante y marchaban a gozar de la fiesta. Por lo que vi, el acto no implicaba la comunión, cosa que creo es un acierto.

Zapatos nuevos, de tacón alto y propios de mujer adulta. Abandono de la muñeca y entrega de ella a otra de menor edad y algún otro rito social más, es lo que aprendí, el pasaje álgido de la fiesta.

Sé, conozco, familias de hoy, que se esfuerzan de preparar a sus hijos para el momento de iniciarse en la comunión eucarística. Que ponen mucho interés en alejar al niño o niña del interés por los regalos que tal vez sin programarlos, familiares o amigos de la familia les ofrecerán. Qué el inicio en esta vida de adulto espiritual, significa, exige, que debe mejorar la de sus progenitores, que han vivido tal vez un poco alejados de la Iglesia, se han planteado con motivo del acto el significado de su vida espiritual, desean corregirse y acuden a confesar sus pecados, para rectificar su proceder futuro.

Hace tiempo, ya lo he mencionado al principio, se acercaban a comulgar por primera vez, hacia los 14 o 15 años. Creo que fue el Papa Pío X quien animó a rectificar tal proceder, cosa que se fue logrando poco a poco. En mi misma familia, que asistían a la Misión parroquial que se predicaba en el pueblo, para ser fieles a lo que deseaba el Papa y predicaba el misionero, mis padres adquirieron para una de mis hermanas, un vestido nuevo decente y carente de lujo. No estaban para gastos en aquellos tiempos, pero sí para ser fieles a lo que deseaba la Iglesia. Y a las explicaciones del sacerdote en la parroquia dirigida a los niños, añadieron las suyas. Y mi hermana hizo la primera comunión y conservó tal práctica hasta su muerte. Habían pasado 70 años y todavía la gente del lugar se acordaban, y me contaban a mí, el buen ejemplo que toda la familia del jefe de estación de Pozaldez, había dado a los lugareños y hasta se acordaban del color del abrigo que mi madre llevaba puesto en aquella circunstancia.

El hombre es un animal festivo. Ninguno otro por más grande, mejor olfato, mayor velocidad pueda alcanzar, es capaz de cualquier celebración. No hay que negarlo, es una de nuestras cualidades. Ahora bien, con frecuencia y actualmente, muchos creen que no hay fiesta sin derroches. Y con motivo de la primera comunión organizan tal evento del manera que los regalos, los despilfarros y los ruidos, ahogan la emoción sincera y los frutos que se debería gozar con motivo del feliz acontecimiento, cuyas extensiones llegan al Cielo.

No estaría mal organizar fiestas escolares con motivo del final de un ciclo, con toda la pompa que quiera dársele al acto, sin malversación de dinero, alegre el encuentro y de estricto significado social, tal vez aprendiendo de la de los quince años que hablaba más arriba, y dejar que los sacramentos se vistan de ropaje cristiano exclusivamente.